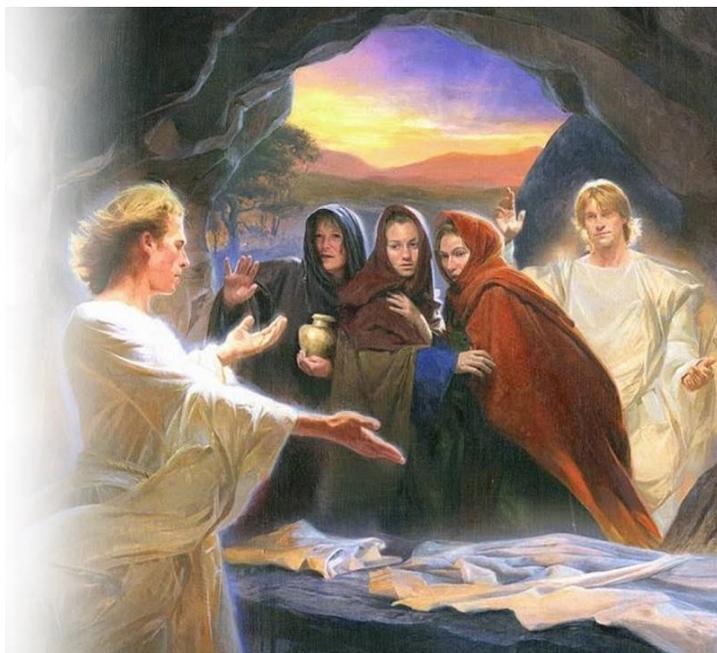


DOMINGO DE PASCUA DE RESURRECCIÓN: VIGILIA PASCUAL

CICLO B

3ª Lectura (Mc. 16, 1-8)



“Jesús el Nazareno, el crucificado, ha resucitado”

«En aquel tiempo María la Magdalena, María la de Santiago y Salomé compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús. Y muy temprano, el primer día de la semana, al salir el sol, fueron al sepulcro. Y se decían unas a otras: –¿Quién nos correrá la piedra a la entrada del sepulcro?»

Al mirar vieron que la piedra estaba corrida, y eso que era muy grande. Entraron en el sepulcro y vieron un joven sentado a la derecha, vestido de blanco. Y se asustaron. Él les dijo: –No os asustéis. ¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? No está aquí. HA RESUCITADO. Mirad el sitio donde lo pusieron. Ahora id a decir a sus discípulos y a Pedro: Él va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis, como os dijo.

Salieron corriendo del sepulcro, temblando de espanto. Y no dijeron nada a nadie, del miedo que tenían.» (Mc. 16, 1-8).

El Domingo de Resurrección está todo él cuajado de apariciones de ángeles y del mismo Jesús. En este pasaje evangélico de S. Marcos se anuncia la primera aparición del ángel a las Stas. Mujeres, después de la aparición de Jesús a su SS. Madre, que no se anuncia en el evangelio, sino que se la supone. Al finalizar el Día de la Resurrección se apareció Jesús al pequeño rebaño que estaba congregado en el Cenáculo, conmocionado por las diversas impresiones recibidas durante todo el día (Mc. 16, 14; Lc. 24, 36-43; Jn. 20, 19-23).

Los acontecimientos de las apariciones de Jesús se desarrollaron según el siguiente orden:

1. María Magdalena va al sepulcro acompañada de otras mujeres (María la de Santiago, Salomé, Juana y otras), pero, al ver la piedra corrida, María Magdalena se separa de las otras mujeres, las cuales se quedan junto al sepulcro, y va corriendo a comunicar el acontecimiento a Pedro y Juan (Lc. 24, 2; Jn. 20, 1).
2. **Primer mensaje de María Magdalena** a los discípulos sobre el sepulcro vacío y profanación del cadáver (Mc. 16, 4; Jn. 20, 2).
3. Al ausentarse del sepulcro María Magdalena, se aparecen los ángeles al resto de las mujeres, que habían acudido al sepulcro, y les anuncian que Jesús ha resucitado (Mc. 16, 5-8; Lc. 24, 5-8).
4. **Mensaje de las otras mujeres**, sobre la aparición de los ángeles, anunciando la resurrección a los discípulos (Mt. 28, 8; Lc. 24, 9).
5. Pedro y Juan corren al sepulcro (Lc. 24, 12; Jn. 20, 3-10).
6. **Primer mensaje de Pedro y de Juan** confirmando el mensaje de las mujeres.
7. Vuelve María Magdalena al sepulcro, donde se le aparece Jesús, confundido con el hortelano (Mc. 16, 9; Jn. 20, 11-17).
8. **Segundo mensaje de María Magdalena** a los discípulos diciendo que ella había visto al Señor (Mc. 16, 10; Jn. 20, 18).
9. Jesús se aparece a Pedro (Lc. 24, 34).
10. **Segundo mensaje de Pedro** diciendo que él también había visto a Jesús (Lc. 24, 34).

11. Jesús se aparece a los dos que iban camino de Emaús (Mc. 16, 12; Lc. 24, 13-32).
12. **Mensaje de los dos de Emaús** contando que Jesús se les había aparecido en el camino (Mc. 16, 13; Lc. 24, 33-35).
13. **Aparición de Jesús** a los discípulos al finalizar el domingo (Mc. 16, 14; Lc. 24, 36-49; Jn. 20, 19-23).

Así se fueron preparando providencialmente los ánimos del pequeño rebaño, para que, al llegar el momento de la aparición de Jesús a sus apóstoles, aceptasen la resurrección.

La resurrección no es creación teológica de la comunidad cristiana, ni de la apostólica ni de la post-apostólica. La resurrección se fue imponiendo a los primeros discípulos poco a poco, desde el exterior, según se iban desarrollando los acontecimientos del Día de la Resurrección.

“María la Magdalena”: San Juan silencia intencionalmente a las demás mujeres. Sólo habla de María Magdalena, imagen de la Iglesia: *proviene* de la conversión de su mala vida, *se orienta* hacia la vida divina y *permanece* en la búsqueda de Dios a cualquier precio. San Mateo nombra también a *“la otra María”*. San Marcos añade a *“Salomé”* (16, 1) y San Lucas, a *“Juana”*, la mujer de Cusa, y *“las otras que le acompañaban”* (24, 10).

“María la de Santiago”: No es fácil delimitar la filiación de esta María. Aquí no parece que esté mencionando en Santiago al esposo, sino al hijo. ¿Quién era su esposo? –Poco antes había dicho S. Marcos:

«*María Magdalena y María la de Josef se fijaban dónde era puesto* (Jesús en el sepulcro).» (Mc. 15, 47).

Se supone que esta María es la misma María que acompaña también a María Magdalena y a Salomé al sepulcro. Pero el tal Josef no es tampoco esposo, sino hijo.

«*Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Clopás, y María Magdalena.*» (Jn. 19, 25).

Aquí no cabe duda de que el esposo de María es Clopás (Cleofás), uno de los discípulos de Emaús:

«Uno de ellos llamado **Cleofás** le respondió (a Jesús): “¿Eres tú el único residente en Jerusalén que no sabe las cosas que estos días han pasado en ella?”» (Lc. 24, 18).

El otro discípulo de Emaús parece que es Simeón, hijo de Cleofás, segundo obispo de la Iglesia de Jerusalén, como dice Eusebio de Cesarea en su Historia Eclesiástica.

S. Mateo menciona al padre de Santiago, hijo de esta María, y no es Cleofás:

«**Santiago el de Alfeo y Tadeo; Simón el Cananeo.**» (Mt. 10, 3-4; cf. Mc. 3, 18; Lc. 6, 15; Hech. 1, 13).

Entonces parece como si María tuviera dos esposos: Alfeo y Cleofás. Los nombres no se prestan a confusión. Son claramente diferentes. ¿Cómo armonizar entonces esta aparente bigamia? –María, la esposa de Cleofás, se la menciona con cuatro hijos varones junto a ella: **Simón** (Simeón, el discípulo de Emaús) y **Judas, Santiago** el Menor y **José**, siempre emparejados de dos en dos, lo que da a entender que hay una mayor unidad en cada una de las parejas:

«¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos **Santiago y José**, y **Simón y Judas**?» (Mt. 13, 55; cf. Mc. 6, 3).

Parece que la razón se debe a que María se casó dos veces, la primera con Alfeo, de quien son hijos Santiago el Menor y José; la segunda con Cleofás, hermano de San José, de quien son hijos Simón y Judas.

Según esta hipótesis probable, María, mujer de Cleofás, sería cuñada de la SS. Virgen María, como parece indicar el texto bíblico anterior, y los cuatro hijos serían sobrinos de la Virgen María y primos de Nuestro Señor.

“**Y Salomé**”: Que significa “paz”. Esta mujer siguió a Jesús desde Galilea y estuvo presente al pie de la cruz:

«Había también unas mujeres mirando desde lejos, entre ellas, María Magdalena, María la madre de Santiago el menor y de Josef, y **Salomé**.» (Mc. 15, 40).

Parece que Salomé pudiera ser la madre de Santiago el Mayor y Juan, y, por tanto, esposa de Zebedeo, pues así la menciona S. Mateo junto a la cruz en el mismo paralelo de S. Marcos:

«Entre ellas estaban María Magdalena, María la madre de Santiago y de José, y la **madre de los hijos de Zebedeo**.» (Mt. 27, 56).

«Había también unas mujeres mirando desde lejos, entre ellas, María Magdalena, María la madre de Santiago el menor y de Joset, y **Salomé**.» (Mc. 15, 40).

Hay que identificar a “la madre de los hijos de Zebedeo”, del texto de S. Mateo, con “Salomé”, del texto de S. Marcos.

Expresamente se indica que Santiago el Mayor y Juan son hijos de la mujer de Zebedeo, es decir, de Salomé.

«Entonces se le acercó la **madre de los hijos de Zebedeo** con sus hijos, y se postró como para pedirle algo.» (Mt. 20, 20).

“Compraron aromas”: Paliativos para los efectos de la muerte. No será necesario usarlos, pues se ha inaugurado la vida, cuyo aroma, Cristo Jesús, impregna ya toda la Iglesia. Dejad, mujeres, los sucedáneos terrenos, que para la vida ahora todo es divino.

“Para ir a embalsamar a Jesús”: El viernes, por falta de tiempo suficiente, pues se celebraba la pascua judía, embalsamaron precipitadamente a Jesús. Ahora las mujeres quieren hacerlo con la perfección que les dicta su amor a Jesús, fundamentalmente María Magdalena.

María Magdalena no piensa todavía en la resurrección. Le coge de sorpresa con los arreos de la muerte en la mano.

«¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo (al Viviente, la Vida)?» (Lc. 24, 5).

Esta mujer, tan pecadora en el pasado como bondadosa al presente, todavía no ha llegado a la plenitud del amor: le falta contemplar el acontecimiento de la resurrección del Señor, y por ello quiere embalsamar a Jesús.

Este peligro acecha al cristiano: Jesús ha resucitado, no lo puedes dejar sepultado con ningún maquillaje oloroso. Tu vida no puedes gastarla en la muerte, sino en la vida. Muerte es lo mundano, pues todo lo mundano en muerte termina; pero la vida es la actividad de la Iglesia, perfumada por Cristo Jesús resucitado.

«*¡Gracias sean dadas a Dios, que nos lleva siempre en su triunfo, en Cristo, y por nuestro medio difunde en todas partes el **olor de su conocimiento!** Pues nosotros somos para Dios el **buen olor de Cristo** entre los que se salvan y entre los que se pierden: para los unos, olor que de la muerte lleva a la muerte; para los otros, olor que de la vida lleva a la vida.*» (2 Cor. 2, 14-16).

Desde ahora el cristiano no debe oler a ningún ungüento mundano. Tu olor será “*olor de Cristo*”, es decir, cristiano. No dejes que el olor del mundo se pegue a tus ropas, más bien procura que el “*buen olor de Cristo*” llegue a las ovejas descarriadas.

“*Y muy temprano*”: ¿Por qué tanta prisa? ¿No os hace sospechosa vuestra temprana presencia a la guardia romana? ¿No es desatino? –Muchas razones se podrían dar contra el proceder de estas mujeres, pero todas las razones juntas hacen más laudable la decisión de ir a Jesús.

Para esa hora temprana Jesús ya ha resucitado. No se deja ganar por las solícitas mujeres. Es Jesús quien va a perfumar, y se adelanta: “*muy temprano*”.

«*Al comienzo de abril (en Jerusalén) el sol se levanta antes de las seis de la mañana.*» (LAGRANGE, *Évang. S. St. Marc* (1929) p. 444).

“*El primer día de la semana*”: Día siguiente al sábado, es decir, el domingo. Se inaugura un nuevo orden de cosas. Ahora ya no es el sábado (Antiguo Testamento), sino el domingo (Nuevo Testamento) el día consagrado al **descanso** tras el duro bregar de la pasión. La historia de la humanidad no es conducida ya al sábado, en el que impera la muerte, sino

al domingo, en el que impera la Vida. La pretensión autosalvadora de Adán no conduce al descanso, no hace entrar la historia en el descanso del Señor, la vida eterna:

«Me irrité contra esa generación y dije: Andan siempre errados en su corazón; no conocieron mis caminos. Por eso juré en mi cólera: ¡No entrarán en mi descanso!» (Hebr. 3, 10-11).

Es la redención de Cristo Jesús la que salva la historia haciéndola entrar en el descanso del Señor, en el domingo.

«Si Josué les hubiera proporcionado el descanso (al entrar en la tierra prometida), no habría hablado Dios más tarde, de otro día.» (Hebr. 4, 8).

Toda pretensión teológica de constituir otro día, diferente del domingo, como día de descanso, está condenada al fracaso. No es admisible variación alguna en este tema.

El cambio del sábado al domingo ilumina también el nuevo orden establecido en la creación. Es el cambio de Adán muerto, a Jesús resucitado; de la creación caída, a la recreación restaurada y elevada.

Se anuncia con este cambio que Jesús ha instaurado una nueva creación, surgida de su Palabra encarnada.

«El que está en Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo.» (2 Cor. 5, 17).

Queda descatalogado Adán y sus mundanos seguidores. Ahora es promocionado Cristo y sus cristianos seguidores.

La creación comienza “*el primer día de la semana*”, dice el Génesis. También ahora comienza la nueva creación en “*el primer día de la semana*”, pues en siete días se hizo todo:

«Concluyéronse, pues, los cielos y la tierra y todo su aparato, y dio por concluida Dios en el séptimo día la labor que había hecho, y cesó en el día séptimo de toda la labor que hiciera.» (Gén. 2, 1-2).

Aquí los días no son cronológicos, sino cosmológicos, o mejor, teológicos. Son períodos de tiempo que no coinciden con el suceso de los acontecimientos de modo cronológico, sino lógico.

«EL SÁBADO Y LA RESURRECCIÓN.

Ciertamente los hombres antiguos honraban el sábado, pero el Señor cambió el día del sábado por el Domingo; tampoco nosotros despreciamos el sábado por nuestra autoridad, sino que es el profeta quien lo rechaza y dice: “Mi alma odia vuestras fiestas y vuestros sábados” (Is. 1, 13). Mientras se trataba de aquellas cosas que la ley tenía como dignas, o mientras el Maestro no había venido, las leyes mantenían el rigor del pedagogo; pero cuando ha llegado el Maestro sobra el pedagogo; una vez salido el sol, cesa el candil (cf. Jn. 20, 26; Hebr. 1, 10).» (S. ATANASIO, Homilía sobre el sembrador, 1; PG 28, 144).

“Al salir el sol”: Tan pronto como le es permitido por la Ley, después del descanso sabático de la Antigua Ley, las dos Marías, Salomé y las otras mujeres acuden presurosas en busca del cadáver de Jesús.

Es el momento en que sale el Sol “*que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*” (Jn. 1, 8), cuando todavía hay ciertas tinieblas en los corazones humanos a causa de la poca fe. En Jerusalén el sol sale antes de las 6 de la mañana. No es momento para ir al sepulcro, pues ya está vacío. Es el momento de la espera en fe y amor al que llega triunfante de su guerra contra la muerte. Sólo la SS. Virgen María tuvo esta espera triunfal.

“Fueron al sepulcro”: Con la finalidad de embalsamar el cuerpo de Jesús. ¿No cayeron en la cuenta de que la Madre de Jesús no iba al sepulcro? ¿No os dice nada, santas mujeres, esta actitud de la Virgen María, que quería a Jesús más que vosotras y nosotros todos juntos?

«LAS MUJERES SON LAS PRIMERAS PERSONAS EN HONRAR A CRISTO RESUCITADO.

Las mujeres reciben el regalo de Cristo; los apóstoles reciben los sufrimientos de Cristo; aquellas llevan aromas, éstos los látigos. Las mujeres entran en el sepulcro, los apóstoles en la cárcel. Aquellas se apresuran para expresar su gozo; éstos tienen un vivo deseo por las cadenas. Aquellas vertieron el aceite; éstos derramaron la sangre.» (S. PEDRO CRISÓLOGO, Homilía, 79, 3; CCL 24/A, 485. De este modo, hombres y

mujeres participaban en la primerísima celebración de la Muerte y Resurrección del Señor).

“Y se decían unas a otras: –¿Quién nos correrá la piedra a la entrada del sepulcro”: No les frena la dificultad insalvable de mover la piedra, custodiada por guardia romana y odio judío. Sólo saben amar, y esto hasta perder el juicio. ¿Serían capaces de pedir a los guardias que rompieran los sellos puestos por la autoridad judía, movieran la piedra y les ayudasen a embalsamar el cadáver?:

«Ellos fueron y aseguraron el sepulcro, sellando la piedra y poniendo la guardia.» (Mt. 27, 66).

¿Qué locura es ésta? –Ningún varón las acompañó, pues muy bien sabían el riesgo al que se exponían. ¿Intentaron las mujeres convencer a algún varón para que las acompañara? –¡Acaso el amor sabe de consorcios con el miedo! Se fueron al sepulcro sin más preámbulos. Ciertamente el lenguaje del amor es considerado imprudente y alocado: son las locuras del amor. El lenguaje del miedo es la prudencia calculada, la prevención, los consejos desalentadores de la locura amorosa...

Cabe también la posibilidad de que las mujeres estuvieran ignorantes del acontecimiento de la guardia romana y los sellos de la puerta del sepulcro, cosa que proyectaron los siniestros judíos durante el descanso sabático: ¡Bonito modo de guardar el descanso sabático los fanáticos del sábado! Esta ignorancia explicaría el proceder imprudente de las mujeres.

“Al mirar vieron que la piedra estaba corrida”: La mirada fue proyectada hacia la puerta, pero la puerta estaba abierta. La mirada fue proyectada hacia la muerte, pero sólo había vida. El obstáculo que retenía al hombre en la muerte había sido removido.

Los emisarios de la “*sinagoga de Satanás*” (Ap. 2, 9; 3, 9) no pudieron impedir el acceso a la vida; así ahora, los mundanos, enemigos de la vida divina, no pueden impedir que tú tengas acceso a la vida, mientras que ellos huirán abochornados a cobijarse en las mazmorras eternas.

“Y eso que era muy grande”: La losa de la muerte era pesadísima, pero Dios la ha removido. Ya no hay puerta guardiana de la muerte, ahora hay acceso libre a la vida, pero sólo las almas cristianas la contemplan.

“Entraron en el sepulcro”: Fueron las mujeres las primeras que constataron y testificaron el hecho de la resurrección. Entraron donde antes reinaba la muerte, pero ahora reina la vida: *“un joven sentado a la derecha”*.

“Y vieron un joven sentado a la derecha”: Se trata de un Ángel proclamando oficialmente la victoria de Dios sobre la muerte, como el guerrero ante el soldado caído y derrotado. Como resulta que los predicadores del Evangelio estaban asustados y escondidos, tienen que venir los ángeles para proclamar a las mujeres la palabra de la resurrección. Y serán estas mismas mujeres las que proclamen la resurrección a los apóstoles, pues ellos andaban *“como ovejas sin pastor”* (Mt. 9, 36; cf. Mc. 6, 34; Núm. 27, 17; 1 Rey. 22, 17; 2 Crón. 18, 16).

Ahora puedes mirar tu sepulcro abierto de par en par y a tu ángel de la guarda sentado encima del sello pesado de la muerte. Estarás un tiempo (expresado por los tres días de Jesús) en el sepulcro, pero saldrás el día final como salió Jesús. Ningún poder humano ni angélico podrá impedirlo.

«¿POR QUÉ FUE MOVIDA LA PIEDRA?»

Descendió el ángel y removió la piedra. La removió no para proporcionar un escape al Señor que salía, sino para hacer ver al mundo que el Señor había resucitado, para dar fe a sus consiervos y que creyeran, no para prestar una ayuda al Señor con el objeto de que resucitara. Removió la piedra. La removió en aras de la fe, puesto que había sido colocada a causa de la maldad. Removió la piedra para que adquiriera el título de la vida el que había sido retenido por la muerte. Orad, hermanos, para que el ángel descienda ahora, aparte toda la dureza de nuestro corazón, abra nuestros sentidos y manifieste de nuevo a nuestras mentes que Cristo ha resucitado. Pues de la misma manera que aquel corazón en el que Cristo vive y reina es el cielo, así también el corazón en el que Cristo yace muerto y sepultado es un sepulcro. Debemos creer que lo mismo que Cristo murió, también se transformó. Cristo en cuanto hombre padeció, murió y fue sepultado; en cuanto Dios, vive, reina, permanece y perdura.» (S. PEDRO CRISÓLOGO, Sermones, 75, 4; CCL 24A, 460-461).

“Vestido de blanco”: El ángel anuncia con su indumentaria blanca el cumplimiento del deseo que tenía el profeta David sobre el Mesías y su estirpe:

«Rociame con el hisopo, y seré limpio, lávame, y quedaré más blanco que la **nieve**.» (Sal. 50, 9).

El profeta Isaías anunciaba también esta realidad gloriosa para el que se arrepentía de sus pecados.

«Así fueren vuestros pecados como la grana, cual la **nieve** blanquearán.» (Is. 1, 18).

En las lamentaciones del profeta Jeremías se abunda en lo mismo:

«Más limpios que la **nieve** eran sus nazireos (consagrados).» (Lam. 4, 7).

No puede faltar la imagen de la nieve en la descripción que hace el profeta Daniel sobre Dios:

«Su vestidura, blanca como la **nieve**; los cabellos de su cabeza, puros como la lana. Su trono, llamas de fuego, con ruedas de fuego ardiente.» (Dan. 7, 9).

«LA PALABRA DE VIDA ETERNA.

Debemos anotar qué es lo que significa el que se vea al ángel sentado a la derecha. Pues bien, ¿qué se significa por la siniestra sino la vida presente, y qué por la derecha sino la vida eterna?... Luego, como nuestro Redentor había trascendido ya la mortalidad de la vida presente, con razón estaba sentado el ángel a la derecha, porque había venido a anunciar su vida eterna. Y se mostró revestido de **vestidura blanca**, para anunciar los gozos de nuestra festividad.» (S. GREGORIO MAGNO, Homilías sobre los Evangelios, 2, 21; PL 76, 1169).

S. Mateo dice que “su aspecto era de relámpago”: La descripción que hace S. Mateo del Ángel es similar a la de Jesús en la transfiguración. Lo que allí se anunció, aquí se cumplió:

«Y se transfiguró delante de ellos: su rostro se puso **brillante como el sol** y sus vestidos se volvieron **blancos como la luz**.» (Mt. 17, 2).

La aparición del trueno y relámpago surgió en la Antigua Alianza en las faldas del Sinaí. Era conveniente que también apareciera aquí para inaugurar la Nueva Alianza:

«*Al rayar el alba, hubo truenos y **relámpagos** y una densa nube sobre el monte y un poderoso resonar de trompeta; y todo el pueblo que estaba en el campamento se echó a temblar.*» (Éx. 19, 16).

“**Y se asustaron**”: El sepulcro sobrecoge, la muerte sobrecoge, el resucitado sobrecoge, lo sagrado sobrecoge. El ambiente en general es demasiado intenso para la fragilidad de la naturaleza humana.

“**Él les dijo**”: Tiene que hablar el Ángel, porque... ¿dónde están los hombres?

“**No os asustéis**”: Tanta impresión sobrenatural deja sobrecogido al hombre de Dios, en este caso a las mujeres de la resurrección, y lo llena de un santo temor ante la santidad de Dios y de sus santos. Tiene el Ángel que fortalecer la flaqueza de las mujeres. Por otra parte, como la tarea que les va a mandar es ardua, debe fortalecerlas para que no desfallezcan; pues han de anunciar la resurrección del más odiado de los hombres, Cristo Jesús, ante unos judíos desalmados y endemoniados, que estaban ojo avizor por si alguien robaba el cuerpo de Jesús, y ante unos esbirros romanos sedientos de sangre humana. ¡Qué temple no se necesitará para vencer estos venenosos obstáculos! –Pues bien, el temple femenino, imagen de la Iglesia.

“**¿Buscáis a Jesús el Nazareno**”: Las mujeres buscan, los hombres se esconden: tienen que ser buscados. Por ello las mujeres encuentran, y los hombres son encontrados.

“**El crucificado**?”: Ahora es “*el Resucitado*”.

“**No está aquí**”: El lugar de Dios y los suyos no es el sepulcro. Ahora se inaugura la vía de la vida: se abrió el nuevo paraíso, que estaba blindado con espada vibrante de fuego:

«*Y habiendo expulsado al hombre, puso delante del jardín de Edén querubines, y la llama de **espada vibrante**, para guardar el camino del árbol de la vida.*» (Gén. 3, 24).

El sepulcro ya no retiene cadáveres.

“HA RESUCITADO”:

- La resurrección es el triunfo definitivo del amor.
- Ya puedes llamar a Dios “Padre”: *“subo a mi Padre y vuestro Padre”* (Jn. 20, 17).
- La resurrección es el triunfo de Dios, que sólo se concede al que muere bajo el signo de la cruz.
- La resurrección es omnipotencia de amor.
- El amor es más fuerte que la muerte, y resucita al que muere.
- Lo que toca la cruz lo convierte en resurrección.
- Si en tu vida hay cruz, es que Dios quiere sacar resurrección de ti, porque la cruz no es un cadáver.
- La cruz es el trampolín de tu eternidad.

«EL FIN DE LA MUERTE.

Murió, pero dio muerte a la muerte; puso término en sí mismo a la muerte que teníamos; la tomó sobre sí y le causó la muerte; como el mejor cazador, capturó al león y lo mató (cf. 1 Sam. 17, 34-36). ¿Dónde está la muerte? Búscala en Cristo; ya no existe; existió, pero murió allí. ¡Oh vida, muerte de la muerte! Tened buen ánimo, que morirá también en nosotros. Lo que fue por delante en la cabeza, se repetirá en los miembros; también en nosotros morirá la muerte. Pero ¿cuándo? Al fin del mundo, en la resurrección de los muertos, en que creemos y sobre la que no abrigamos duda alguna.» (S. AGUSTÍN, *Sermón*, 233, 3-4; PL 38, 1114).

Dice San Juan que María Magdalena *“echó a correr”*: la reacción de María Magdalena fue instantánea y propia de su psicología vehemente y enamorada. María *“corre”* como reacción a la anormalidad de la piedra rodada. No se resigna a que el cadáver no aparezca. Y *“fue donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo”*: era muy razonable que María Magdalena acudiera a los dos discípulos más importantes y amantes de Jesús. En todo esto María Magdalena obra muy razonable y urgentemente, como pedía lo imprevisto del caso y el amor al cadáver, muy arraigado entre los judíos. María dice a Pedro y a Juan: *“Han robado”*: así lo supone María Magdalena razonablemente, discurrendo al modo humano. La hipótesis de la resurrección sólo entraba en el plano sobrenatural y no se les ocurre ni a las mujeres ni a los hombres. Continúa María Magdalena: *“No sabemos”*: contrasta este plural con los singulares (*“fue”, “vio”, “corrió”,*

“*dijo*”) hasta ahora usados. Es un eco de que María Magdalena no ha ido sola, como puedes ver en el evangelio de S. Mateo y en este de S. Marcos. Aunque María Magdalena por su vehemencia ha corrido, separándose de sus compañeras, el mensaje, para mayor fuerza, lo da en nombre de todas.

La primera vez que se oyó esta noticia, sonó a desatino. Muy lentamente fueron abriéndose a la realidad de la increíble resurrección. Pero si costó a los discípulos creer en la resurrección de Jesús, más costó a las gentes, y, sin embargo, creyeron algo tan increíble:

«El fruto obtenido en la conversión de todo el mundo, que en la hipótesis del robo (del cuerpo de Jesús sepultado) se apoyaría toda en un fraude sacrílego. Tal hecho sería más maravilloso que el milagro de la Resurrección. Y más todavía teniendo en cuenta que aquella impostura había sido confirmada por los apóstoles con nuevos milagros.

*Dice muy bien San Agustín: “Esto fue increíble en algún tiempo. Pero he aquí que el mundo cree ya que el cuerpo terreno de Cristo fue llevado al cielo. Tanto los doctos como los indoctos han creído ya en la resurrección de la carne y la subida a los cielos, fuera de unos poquísimos doctos e indoctos que no creen, pero se admiran... He aquí tres cosas increíbles que son ya hechos reales. **Increíble** es que Cristo haya resucitado...; **increíble** es que el mundo haya creído una cosa tan increíble, e **increíble** es que hombres de condición humilde e ínfima, pocos e ignorantes, hayan podido persuadir al mundo y a sus sabios de una cosa tan increíble. De estas tres cosas increíbles, nuestros adversarios se niegan a creer la primera (que Cristo haya resucitado); se ven constreñidos a contemplar la segunda (que el mundo haya creído en la resurrección), pero no aciertan a explicársela si no creen la tercera (que los apóstoles hayan convencido al mundo de la resurrección).”» (VIZMANOS, S. I. - RIUDOR, S. I., Teología Fundamental para Seglares [Madrid, BAC, N° 229, 1963] Tr. 2, P. 4, c. 3, núm. 776; pág. 459).*

“**Mirad el sitio donde lo pusieron**”: Este es el primer mensaje que llega a los discípulos (a la Iglesia) en la mañana del domingo: el sepulcro vacío. El mensaje lo trae María Magdalena sola. La providencia irá preparando a los discípulos para la aparición del propio Jesús resucitado. Todos vivían en un ambiente psicológico ajeno a la resurrección y, poco a poco, pero de fuera a dentro, se van preparando los ánimos para admitirla. Por fin, ya puede el hombre mirar sin temor el sepulcro.

“Ahora id a decir a sus discípulos”: Al amor le urge serenar al amado. Pero..., ¿por qué no se aparece Jesús directamente a los suyos, sin necesidad de intermediarios? –Porque Jesús va preparando poco a poco los ánimos de los suyos para recibir semejante mensaje. Entonces, ¿estaban más preparadas las mujeres? –Al menos fueron las únicas que dieron testimonio de amor a Jesús buscándolo con los riesgos serios que afrontaron. Por otra parte, como fue la mujer (Eva) la que dio la mala noticia al hombre (Adán), por la que mató a la humanidad entera, debía ser también la mujer (María Magdalena) quien diese la buena noticia de que ya estaba vuelto a la vida el que de muerte murió:

«*No comáis de él (del árbol), ni lo toquéis, so pena de muerte.*»
(Gén. 3, 3).

La mujer representa mejor a la esposa, la Iglesia, y por ello es a éstas a quienes envía el Ángel para anunciar la resurrección:

«IRÁ DELANTE DE VOSOTROS

El ángel añade lo siguiente: “Marchad y decid a los discípulos que ha resucitado e irá delante de vosotros a Galilea: allí lo veréis”. El ángel no envía a simples mujeres, sino a la Iglesia en aquellas dos mujeres. La envía para que difunda el mensaje a lo largo y a lo ancho. Aquí el ángel envía la esposa al esposo.» (S. PEDRO CRISÓLOGO, *Sermones*, 76, 2; CCL 24A, 445-466).

“Y a Pedro”: Como cabeza del Colegio Apostólico. Es de una delicadeza exquisita esta añadidura, pues Pedro estaba angustiado por su triple negación, preconizada por Jesús y enfáticamente negada por Pedro. La negación anterior le había prevenido para no obstaculizar el proyecto de Dios, que manda ahora ir a Galilea.

“Él va por delante de vosotros a Galilea”: Es la patria de todos los discípulos de Jesús. El único que no era galileo, que era judío, se había suicidado; éste era Judas.

El encuentro oficial del Esposo con la Esposa, anunciado por el Ángel fuera de Jerusalén, tendrá lugar fuera del pueblo judío, es decir, en Galilea.

“Allí lo veréis”: Tiene relevancia capital el lugar del encuentro del Esposo con la Esposa, Galilea, pues es aquí donde le nacerán los hijos al nuevo maridaje.

La reunión de toda la comunidad apostólica en Galilea, es decir, de los discípulos y todos los seguidores de Jesús, sin ignorar a la SS. Virgen María, tiene un significado teológico.

Es verdad que la venenosa presencia judía no era conveniente para tener un reposado encuentro con Jesús; es verdad que los apóstoles están lejos de sus hogares, y tendrían un encuentro con Jesús más grato en su patria, Galilea; pero, sobre todo, lo que aquí priva es que el encuentro se dé en el lugar donde va a surgir la expansión de la Iglesia.

Si la fraudulenta Judea se opone a la resurrección y la vida, la Galilea se abrirá.

“Como os dijo”: Jesús había anunciado a sus discípulos en la última Cena el encuentro en Galilea después de la resurrección:

«Mas después de mi resurrección, iré delante de vosotros a **Galilea.**» (Mt. 26, 32).

“Salieron corriendo del sepulcro”: Comienza el maratón de la antorcha de la resurrección de Jesús, que atraviesa los siglos sin descanso y llegará a su meta el día de la resurrección de su Esposa, la Iglesia.

Durante este tiempo que transcurre entre las dos venidas de Jesús, te toca a ti transmitir la enseñanza de la resurrección de Jesús, así como de la resurrección del cristiano que mata en sí todo pecado.

La dirección de tus pasos en la vida está ahora orientada hacia la resurrección: nada muerto quede en ti, nada muerto quede en tu hermano. ¿Te seguirás dedicando al sepulcro, o te dedicarás a la resurrección? – Entrégate del todo a la Vida.

“Temblando de espanto”: Tal vez tenían también miedo de que los judíos acusasen a las mujeres de haber robado el cuerpo del Señor, pero aquí el temor es más bien sagrado, ocasionado por la presencia del Ángel y el anuncio de la resurrección.

“Y no dijeron nada a nadie”: El sepulcro vacío no las confirmó en la resurrección. Vivían bajo el influjo de una perplejidad paralizante.

“Del miedo que tenían”: Encarece mucho S. Marcos el miedo que invadió a estas pobres mujeres, testigos primeros y privilegiados de la resurrección. No les da miedo el envidioso y deicida Sanedrín, ni el hipócrita Pilato, ni el colérico Herodes, ni la sanguinaria guardia romana, ni el pueblo furioso. El miedo viene ocasionado por la presencia de lo sagrado en sus vidas, cosa que les sobrepasa.